

El Colegio José María Vergara y Lozano

Pocas veces se aunaron tan admirablemente las virtudes civiles y militares de la primera república, como en la persona del ilustre bogotano, general José María Vergara y Lozano. El lustre de su linaje, el brillo de su inteligencia, su acendrado nacionalismo y su vasta cultura, le habrían elevado a la esfera de los grandes hombres, si la locura, que aniquiló su inteligencia a los treinta años, cuando con honor cumplía en Londres, en 1822, trascendental misión diplomática, no hubiera privado a Colombia la Grande, de este digno par de Santander.

Casi niño, y después de haber estudiado en este Colegio Mayor, cuya beca vistió en 1803 su padre, don Juan de Vergara y Caycedo, dueño de cuantiosa fortuna, quiso para el nieto del marqués de San Jorge la más alta posición científica; cortas encontró las perspectivas que el Nuevo Reino ofrecía al noble mancebo y se lo llevó consigo a la Península. En alta mar, hecho cadáver, se quedó don Juan de Vergara, y el muchacho, sin arredrarse en su orfandad, siguió su viaje y buscó afanoso la cultura que ansiaba. Aficionado a las milicias, supo brillar al lado de cadetes indios y españoles, a quienes la suerte deparaba horas de triunfo; Alvear, San Martín y Toledo alternaron con Vergara en el regimiento español y a su lado hubo de foguearse con las tropas de Napoleón. Las presillas se sucedieron y el grado de teniente coronel le sorprendió al frente de la guarnición de Cádiz en 1812. Aquí le llegaron las noticias últimas de la patria nueva y, aprovechando los fermentos de sublevación de las milicias gaditanas, se embarcó con rumbo a la patria que aprendió a querer desde los años ya lejanos de su ausencia.

Don Vicente López Conde costeó al valeroso militar su pasaje marítimo, arribó a Filadelfia, donde pasó meses de angustia económica, embargados como estaban sus bienes; perseguido por el gobierno hispano, hubo de vivir a expensas de generosos americanos. Un día, por fin, la bahía de Cartagena se presentó a sus ojos, el gobierno le recibió con honores, y el desinterés de Vergara le llevó a renunciar el grado de capitán que

la legislatura le ofreció, y en calidad de simple voluntario, él, que hubiera podido enseñar la ciencia militar a los revolucionarios, se enroló en las filas de Bolívar, a cuyo lado habría de combatir muchas veces y de cuya figura moral dejaría Vergara la más admirable semblanza. En Cúcuta participó del triunfo sobre el español Correa.

Celoso de la disciplina militar, como militar de escuela, puso al servicio de la patria sus grandes conocimientos: sometió al gobierno granadino planes científicos sobre la organización de las milicias, tradujo "El Mentor Militar", produjo planes de Estado Mayor y organizó esta suprema entidad. La sangre de Colombia golpeó en su corazón, quería la patria una e indivisible. Tornó después de largos años a su ciudad natal, en momentos en que Nariño preparaba su heroica expedición para el Sur, y el joven militar fue puesto al frente del primer batallón del ejército en campaña. Con él alternaron extranjeros advenedizos; la disciplina le ordenó tolerarlos, pero más tarde buscó la oportunidad de demostrar la ignorancia de aquéllos. Sólo quería colombianos, y si los extranjeros se necesitaban, preciso era que se convirtieran a la fe nacional. Orgulloso de su estirpe, de su escuela, de sus conocimientos, sólo concedió beligerancia a Cortés Campomanes, el disociador.

Después de la gloriosa derrota de Pasto, aniquilado el mejor contingente que tuviera la patria, tornó a Santa Fe para formar filas en la incomparable retirada a los llanos donde fue hombro a hombro con Santander. Corrió su misma suerte a través de los duros años de la reconquista y a su lado estuvo en 1819. El Congreso de Angostura, próximo a reunirse, echó los cimientos del ideal bolivariano: Venezuela y Nueva Granada fueron un pueblo poderoso. La constitución de la nueva república se discutió en breve sin que una sola voz neogranadina se escuchara, y esto no podía ser. En pleno llano, Santander reunió el único girón libre de la patria que a vuelta de pocos días sería reconquistada, y allí, en las soledades inhóspitas, los futuros ciudadanos, sin patria hoy, ejercieron el sufragio popular para nombrar diputados al congreso: el coronel Vergara Lozano y el teniente coronel Vicente de Uribe, valores efectivos de las tropas de Santander, fueron elegidos como diputados de Casanare, al Congreso de Angostura.

El 12 de junio de 1819 los diputados granadinos presentaron sus credenciales, y Vergara, en valiente discurso, expuso su plan de realizaciones. No era posible continuar discutiendo la constitución para entrambos países "mientras no puedan to-

mar parte en ella los pueblos de la Nueva Granada”, y agregó poderosas razones llamadas a convertir en perdurable el pensamiento gran-colombiano. En sesiones sucesivas tornó a sus ideas y puso a reflexionar al grupo de inmortales de Angostura. Allá estaba Zea, pero era diputado de Caracas. Días más tarde, el 18, presentó Vergara Lozano la famosa ley de amnistía a los fugitivos españoles y americanos que de buena fe quisieran seguir las banderas de la república. La guerra a muerte se regularizó con las generosas ideas de este ciudadano, civil antes que militar, y en una anticipación feliz a reciente pacto internacional, propuso y se aceptó: “Las vidas y propiedades de los habitantes de cualquier país libertado, lo mismo que las cosas sagradas, monumentos y establecimientos públicos, archivos, etc., serán respetados y protegidos”.

La penuria de las arcas republicanas hizo necesario nuevo empréstito extranjero. Sólo Inglaterra pareció ofrecer alguna perspectiva, y el Congreso nombró entonces sus representantes ante el gabinete de Saint James a Fernando de Peñálver y a José María Vergara que, en lo militar, había sido ascendido simultáneamente con Sucre y cuando apenas contaba veintisiete años, al grado altísimo de general de brigada.

El joven diplomático partió para Londres. Allí encontró que hacía varios meses José María del Real, diputado de Nueva Granada, estaba pagando con la cárcel el descubierto de las cajas granadinas ante banqueros y contratistas. La gallarda figura del nuevo ministro, la energía de su carácter, su conocimiento del mundo, le hicieron en pocos días dueño de la situación y alcanzó de la alta nobleza la mejor acogida. Su pluma no descansó un momento; quiso hacerlo todo; la debilidad cerebral, que del brusco cambio del trópico por la niebla londinense habría de aniquilarlo, prestó febricitante actividad a su inteligencia agonizante. Trazó admirables monografías para la prensa inglesa; defendió la posición económica de Hispanoamérica; escribió, con la sobriedad de Tito Livio, la historia de los últimos cinco años de la lucha emancipadora, escrito magnífico, rescatado del olvido y que por primera vez, desde las páginas de esta Revista, habrán de admirar colombianos y venezolanos; ponderó los recursos económicos de los nuevos países, cuyo poder se duplicó, realizada la unión de la Nueva Granada y Venezuela. Celebró con Devereux el último contrato de alistamiento de milicias inglesas; tradujo obras trascendentales de derecho; impuso en las jóvenes repúblicas los juicios por jurados y soñó al pensar que de su misión diplomática habría de seguirse el re-

conocimiento de la Gran Colombia por las potencias europeas.

El Congreso de Troppau, convocado por el anillo de hierro de la Santa Alianza, le dio brillantes motivos para mostrar a América cuáles eran los intereses de los poderosos sobre los pueblos nuevos, y en “El sueño del mosca en el Congreso de Troppau”, señaló la distancia que separa la ambición europea de las liberales ambiciones americanas. “El sueño del Mosca”, que algún día habrá de recoger la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, encierra todo el valor intelectual de Vergara y es trasunto fiel de su acendrado nacionalismo; allí, ante los grandes, el primero en hablar era el diputado colombiano. El aristócrata que hay en él dio, entonces, paso al republicano, y el nieto del marqués de San Jorge, el vástago de la ilustre casa de los Vergaras se hizo nieto de los Muisecas. Escribiendo su sueño, tal vez le sorprendió la locura. A los treinta años, perdida la razón, la república quedó huérfana de tal inteligencia, de tal patriotismo, de tal alteza de miras.

El coléglial Vergara y Lozano, vivió su vida en seis lustros. Su niñez fue tocada de tragedia con la muerte de su padre. A los veintisiete años ostentó las charreteras de General de Brigada y fue nombrado Ministro diplomático en Londres; tres más tarde, su mente conturbada le mantuvo, hasta el fin de sus días, en medio de príncipes, reyes, mariscales y altas damas. Rememoraba el Congreso de Troppau! Vinieron luego los años eternos del demente que fue acogido con cariño en el hogar de su sobrino don Ignacio Gutiérrez Vergara, de donde, el 19 de junio de 1857, los generales Mosquera, París, Urdaneta, Mendoza, Buitrago, Briceño y Piñeres, todos sobrevivientes de la guerra magna, condujeron hasta el cementerio los despojos mortales de su antiguo y aguerrido jefe, presidido el cortejo por el presidente de la Confederación y por el Arzobispo de Bogotá. El general Mosquera, en ferviente oración, depositó sobre la tumba del patriota frescos laureles, que el olvido colombiano dejó bien pronto marchitar.

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA,

Colegial, Cronista y Catedrático
de este Colegio Mayor



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico